

CAPÍTULO XVI

ESTÁBAMOS á 13 de Enero. Monseñor Celli, que tantas finezas nos prodigó en Roma, quiso constituirse en nuestro guía y con tal objeto nos dió cita para la iglesia de Jesús. El señor Macías y su familia, la señora Uranga de Ferrazas é hija, la señorita Herminia Fernández y el que esto escribe oímos Misa muy temprano en San Carlos *al Corso*, á fin de asistir con puntualidad á la cita.

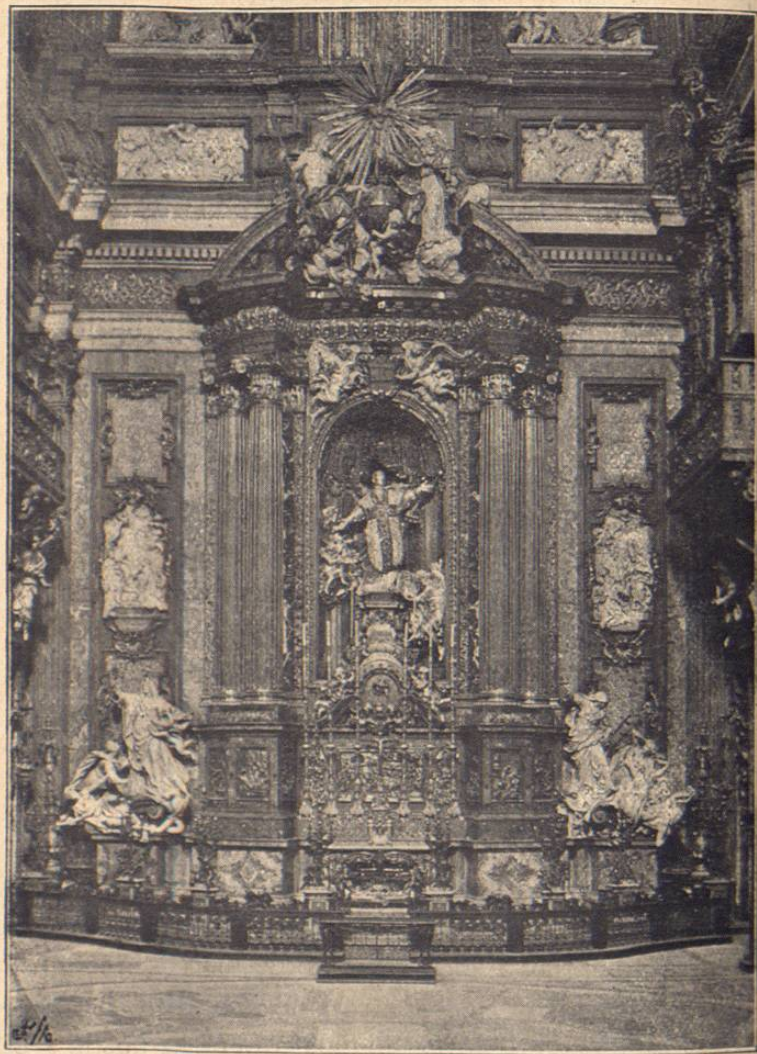
A muy buena hora llegamos á la iglesia de Jesús, una de las más hermosas y ricas de la metrópoli cristiana, erigida por el Cardenal Farnese y decorada en 1868, á expensas del Príncipe Torlonia. Su elegante fachada y su esbelta cúpula producen magnífico efecto en los espectadores, y sin embargo el interior es mucho más digno de admirarse.

Vense por todas partes artísticas columnas, bellas estatuas, ricos mármoles y gran cantidad de piedras preciosas. Sobre la bóveda de la nave mayor, pues el templo tiene tres, hay un fresco pintado por Biciccio, que representa el Triunfo del Santo Nombre de Jesús.

A la derecha del crucero, que da á la iglesia la forma de una cruz latina, está el altar de San Francisco Javier: en él se conserva encerrado en un medallón de bronce dorado un brazo del santo. Grandioso es el altar mayor que se ve adornado con cuatro columnas de amarillo antiguo. En el centro tiene un buen cuadro de la Presentación de la Santísima Virgen en el templo, y á los lados, en suntuosos monumentos sepulcrales, descansan los restos del V. Pignatelli y del Cardenal Bellarmino.

Más admirable, no obstante, es el otro altar del crucero, en que se levanta sobre pedestales de verde antiguo cuatro columnas incrustadas de lapislázuli y de bronce dorado. Apoyado en una esfera de lapislázuli, de una sola pieza verdaderamente colosal, se ve un grupo de mármol blanco que representa á la Santísima Trinidad; en el centro del altar, rodeada de un grupo de ángeles, la estatua de San Ignacio de Loyola que un tiempo fué de plata maciza. Debajo del altar reposa el cuerpo del santo en una urna decorada con piedras preciosas y bajo relieves de mármol blanco y bronce dorado. A uno y otro lado del altar hay dos bellas estatuas que representan la Fe con la hostia y el cáliz venciendo á los ídolos, y la Religión cristiana aplastando á la heregía.

Algunas veces tuvimos oportunidad de oír en este



ALTAR DE SAN IGNACIO (IGLESIA DE JESÚS).

magnífico templo la palabra divina de los labios de oradores sagrados, que son un modelo de elocuencia.

Ocupado actualmente por las tropas del gobierno está el convento anexo á la iglesia de Jesús; pero se conservan en él todavía las habitaciones de San Ignacio, que visitamos con todo el fervor que inspiran los lugares santificados por la vida ejemplar que llevaron en ellos los escogidos del Señor.

Vimos allí un tesoro de reliquias que brevemente señalaremos: la capilla y el altar en que San Ignacio celebraba la Santa Misa, donde ofició por segunda vez después de su ordenación sacerdotal, San Carlos Borromeo; la estatua del Santo con su mascarilla, revisitando los ornamentos sacerdotales que usó en vida para celebrar el Santo Sacrificio; el lecho murtuorio y el Crucifijo que tuvo en sus manos antes de espirar; el oratorio en que firmó las Constituciones de la Compañía de Jesús; el sillón que ocupaba, al entregarse á sus meditaciones; las puertas mismas que abría, cuando bajaba al templo; y el aposento en que, cuando contemplaba el cielo solía exclamar: «*Heu quam sordet terra cum cælum auspicio!*» «cuán miserables me parecen las cosas de la tierra cuando miro las del cielo!» Allí se halla también el reclinatorio donde oraba San Francisco de Sales, la mascarilla de San Francisco de Borja, y varias reliquias de San Luís de Gonzaga, San Estanislao de Kostka, San Alfonso Rodríguez y San Juan Berchmans.

Salimos de allí para dirigirnos al Capitolio. En un instante, por decirlo así, pasábamos de la Roma del cristianismo á la Roma pagana. En aquel lugar estuvo

el templo de Júpiter, y cerca de él se ve aún la famosa roca Tarpeya, de cuya altura fué despeñado, según la tradición, el gobernador que entregó á los sabinos el Capitolio. Subsiste para demostrar lo efímero de las glorias mundanas, la célebre frase: *Del Capitolio á la*



CAPITOLIO.

Roca Tarpeya no hay más que un paso. ¡Cuántos recuerdos de pasadas grandezas evoca la vista del Capitolio! El tribuno romano Cola di Rienzo, acusado de traición, fué asesinado allí por el pueblo amotinado.

El Capitolio que substituyó al antiguo se debe á Paulo III, que confió al genio de Miguel Angel su construcción. En la plaza á la cual se sube por una escalinata muy amplia, aparecen las estatuas colosales de

Cástor y Pólux, halladas en la Sinagoga, los trofeos de Mario, la estatua de Cola di Rienzo y las de César y Constantino. Pero como espléndido monumento, domina aquel conjunto la famosa estatua de Marco Aurelio, considerada en su género por la crítica como la primera del mundo. Miguel Angel, admirador de esta maravilla del arte, construyó su pedestal.

Los lados de la plaza están ocupados por tres palacios. En el del frente se reúne el Consejo municipal de Roma, y está coronado por una esbelta torre mandada levantar por el sabio Pontífice Gregorio XIII. La fuente del centro, sobre la cual se reúnen dos extensas escalinatas, contiene un grandioso grupo escultural en que se ven las estatuas que representan á Minerva, al Nilo y al Tíber.

Los palacios de los lados encierran bellezas de primer orden. Vense en el patio del Capitolino restos de antiguas esculturas, como de la estatua de Nerón, de la de Domiciano, de las naciones esclavas, la lucha del caballo y el león, las naves de Cartago y otros mil recuerdos de pasadas épocas, que constituyen un tesoro para los aficionados á la arqueología.

¿Y qué diremos de aquellos vastos salones? En ellos se han reunido como por conjuro mágico pinturas del arte cristiano, tapices riquísimos, cuadros murales en que están representados los Horacios y Curiáceos, el rapto de las Sabinas y otros, y por fin cuadros de contemporáneos en que figuran episodios modernos. Hay también un museo en que se guardan bustos, pinturas y trofeos pertenecientes á la Italia moderna; mas por lo que se refiere á la época de los Papas, justo es ad-

mirar por su mérito las hermosas estatuas de Inocencio X y de Urbano VIII.

Subiendo por una incómoda y alta escalera se llega á la iglesia de Santa María *in Araceli*, que se halla erigida desde tiempo inmemorial en el sitio que ocupaba el templo de Júpiter. Sobre la fachada de estilo gótico, aún no concluída, hay un mosaico que representa á la Virgen María entre dos ángeles. Muchas son las cosas notables que el templo guarda en su interior; pero sólo citaremos los dorados del techo en la nave central, debidos á las limosnas de los fieles para conmemorar la victoria de Lepanto; un templete octágono sostenido por columnas de alabastro, bajo el cual en urna de pórfido, dicese que se conservan los restos de Santa Elena; una Virgen que hay en el altar mayor atribuída á San Lucas, y la suntuosa capilla en que se venera al Niño Jesús, escultura hecha por un franciscano, con un trozo de olivo de Getsemaní, vestida de seda blanca y decorada con piedras preciosas. Las columnas estriadas del templo son todas desiguales; la mayor parte de granito rojo. Incontables son los monumentos sepulcrales; todos de más ó menos mérito. Los púlpitos adornados con mosaicos antiguos son dignos de mención.

En el templete de Santa Elena hay una ara que da nombre á la iglesia, si se da crédito á la tradición. Un autor alemán se expresa respecto de ella en los siguientes términos: «Encuétrase en la capilla de Santa Elena una ara que se cree erigida por Augusto, y que tiene la inscripción *Ara primogeniti Dei*. Una tradición que data del siglo XIII, refiere que el emperador Augusto,

cuya apoteosis pretendía hacer el Senado, recibió por medio de la sibila de Tibur la revelación del nacimiento de Cristo y tuvo una visión de la Virgen María y del Niño Jesús. De allí viene el nombre de *Ara Caeli* que lleva esta iglesia».

El anexo convento era muy hermoso y perteneció á los RR. PP. Franciscanos. En la actualidad, ocupado por el gobierno italiano, está convertido en cuartel. Una parte se ha demolido para levantar allí un monumento en honor de Víctor Manuel y al cual podrá llegarse desde el Corso por medio de rampas.

Cuando salimos del templo, vimos á poco andar el arco de Septimio Severo, bastante deteriorado por el tiempo; pero que conserva aún los bajo relieves en que se registran las hazañas guerreras del citado emperador.

Pasamos en seguida á visitar los oscuros calabozos en que estuvieron presos, antes de ser martirizados, San Pedro y San Pablo: llámense uno cárcel Mamertina y cárcel Tuliana el otro. Forman dos cuadriláteros irregulares sobrepuestos; en el superior hay un altar erigido al Príncipe de los Apóstoles. En este tenebroso lugar eran encerrados los condenados á muerte, á quienes se les echaba la comida como si hubiesen sido fieras, por unos agujeros abiertos en las bóvedas. Muchos de los que se dejaban allí para que muriesen, como Yugurta rey de Numidia, los cómplices de Catilina, Aristobulo, Tigranes y otros, eran arrojados al Tíber por una puertecilla herrada que se conserva hasta la fecha.

La cárcel inferior donde estuvo encerrado el primer Pontífice de la cristiandad, debe considerarse como un precioso relicario. En la pared, hacia el lado de la

escala que comunica al calabozo de arriba, la piedra está con una huella. Un carcelero brutal golpeó allí la cabeza del Santo, quedando la roca amoldada como si hubiese sido de cera. Vese también la columna donde San Pedro fué atado y aún mana allí la fuente milagrosa, la misma que brotó cuando el Santo mártir convirtió á Proceso y Martiniano, sus guardianes, y á 47 encarcelados. Faltando agua para bautizarlos, el heroico Apóstol, cual nuevo Moisés, la hizo manar de la viva roca.

Indecibles son las emociones del cristiano cuando visita los antros en que sufrió su prisión, el sublime discípulo á quien el mismo Jesucristo confió las llaves del reino de los cielos.

Cerca de la cárcel Mamertina se encuentra el extenso Foro Romano con todas sus dependencias. No quedan de él más que ruinas, pero ruinas soberbias que revelan el poderío de la antigua Roma, que fué apellidada señora del mundo.

No lejos del Capitolio se ven los restos del templo de la Concordia, erigido por Camilo para celebrar la reconciliación entre los patricios y los plebeyos; el templo de Vespasiano, del cual sólo tres columnas quedan en pie; la Schola Xanta, residencia de los que cuidaban los archivos, y el pórtico de los dioses menores á quienes consultaban los romanos antes de deliberar sobre los graves asuntos del Estado.

Marchemos ahora al Palatino, célebre, por haberse levantado allí los palacios en que residieron los Césares, hasta Constantino. A pesar de hallarse hoy convertido en ruinas se concibe su antigua magnificencia.

El primer monumento que se ve á la derecha es un altar consagrado á un Dios desconocido, que aun en medio de la torpe idolatría penetraban rayos de luz para que los obcecados abriesen los ojos á la verdad. No fué el romano, el único de los pueblos antiguos que, en medio de los más groseros errores, presintiese la existencia del verdadero Dios.

Acerca del Palatino dejamos la palabra á un erudito escritor italiano que dice: «La fama de este monte comenzó desde que Augusto erigió en él su regia morada. Habiéndole dado en posesión la victoria de Actium gran parte del mundo entonces conocido, Augusto adquirió parte de esta colina para fabricar, además de su morada, el templo de Apolo, el altar de Vesta y las bibliotecas públicas. Después de su muerte, Tiberio ensanchó la residencia imperial agregándole la casa de Germánico. Nerón le añadió su residencia desplegando una gran riqueza en estucos dorados, tanto que se le dió el nombre de *domus aurea Neronis*. Es difícil describir la magnificencia de todos estos palacios, los cuales, al decir de los antiguos, estaban circundados de pórticos decorados con más de tres mil columnas, y tenían al rededor un vestíbulo no menos magnífico frente al que surgía, en bronce, el célebre coloso de Nerón. Alarico, que invadió á Roma en 410, destruyó gran parte de los edificios palatinos; el tiempo hizo lo demás.»

En este vastísimo edificio visitamos cuanto hay de interés, llamándonos la atención el *tablinium* y el *triclinium* donde hay pinturas murales soberbias, que han resistido á las injurias del tiempo y se parecen á las pompeyanas.

Notables son, por más de un título: el pórtico de los efebos; el anfiteatro y el palco donde los Césares concurrían á los espectáculos; el estadio; el ara que le fué consagrada á Hércules por haber dado muerte á Caco, que salía de su guarida, por la noche, á robar á los caminantes; los subterráneos, las galerías y centenares de monumentos que no es posible tener presentes.

Sobre el Palatino hay actualmente instituciones religiosas, como el convento de San Buenaventura y el de San Francisco de Sales.

Desde lo más alto de la colina se contempla un espléndido panorama: la cúpula de San Pedro dominándolo todo; la basílica de Constantino con restos de arcadas y bóvedas; la casa donde nació San Gregorio, y el templo de los Santos Juan y Pablo, donde se conserva el cuerpo de San Pablo de la Cruz, fundador de los pasionistas.

Para describir el Palatino con toda exactitud se necesitaría un libro especial.

De este lugar pasamos á las termas de Caracalla, majestuosas ruinas que revelan lo que fué en un tiempo ese sitio donde había toda clase de juegos y diversiones, además de los baños en que cabían cómodamente 1.600 personas. Lo notable de las termas son los departamentos en que había depósitos de agua caliente, tibia y fría, pudiendo los bañadores tomar la temperatura que más les acomodase. La cañería para el agua caliente, descubierta no hace mucho, demuestra la previsión que se tenía en lo antiguo para esta clase de establecimientos.

Se ven aún en las termas de Caracalla restos de mo-

saicos, y de allí se han extraído muchas notables esculturas que figuran en los salones del Vaticano.

Pasando luego por el arco de Constantino, el mejor conservado de todos, y que puede juzgarse como un



TERMAS DE CARACALLA.

monumento levantado para significar el triunfo del Cristianismo, llegamos al más importante de los edificios de la antigüedad. No eran sólo las naumaquias, ó simulacros de combates navales los que allí divertían al pueblo y á los emperadores, sino los espectáculos más bárbaros y crueles. Quien haya leído al Cardenal Wiseman no podrá menos de conmoverse, al hallarse frente al Coliseo, que fué teatro de escenas pavorosas.

Acerca de ese colosal monumento dice el R. P. Noval, con exactitud admirable, lo que sigue: «Este soberbio Anfiteatro, construído por Vespasiano para divertir á los romanos con ingeniosos juegos y espectáculos crueles, fué destinado por Dios para que millares y millares de mártires, derramando su sangre por Cristo en medio de los más variados y atroces tormentos, fuesen espectáculo de admiración á los hombres y á los ángeles. Un visitante cualquiera, entrando en aquel majestuoso recinto, encontrará abundante pábulo á su curiosidad artística ó histórica; un cristiano no puede menos de sentirse movido á devoción, como si oyese una voz que le dice: Mira que la tierra que pisas es santa, pues fué regada con la sangre de innumerables héroes de la cristiandad.»

¿Qué más podríamos decir de los monumentos de la antigua Roma? Las termas de Tito, de Agripa y de Diocleciano; el templo de Vesta, la tumba de Cecilia Metella y otras ruinas no menos grandiosas, no revelan al filósofo y al hombre pensador más que la conocida verdad de que las cosas mundanas son efímeras. La grandeza de Roma no consiste en las prodigiosas obras levantadas por el genio y por el orgullo de cien y cien generaciones, sino en ser la capital del orbe cristiano donde se asienta inmovible la piedra fundamental de la Iglesia. En tanto que la cruz de Jesucristo levante sobre ella sus augustos brazos, como árbol saludable que da sombra al fatigado peregrino, vivirá sobre todos los estragos del tiempo.

Mucho teníamos que meditar acerca de los lugares que habíamos visitado, y en busca de solaz para el es-

píritu y para el cuerpo, pasamos la tarde en los elegantes jardines del Pincio, oyendo las armonías de una magnífica banda militar, y contemplando entre la variada muchedumbre que poblaba aquellos sitios amenos, los inocentes juegos de los niños.

Al día siguiente, 14 de Enero, visitamos la *Chiesa Nuova*, fundada por San Felipe Neri, llamado el Apóstol de Roma. Es tan suntuosa como todas las demás de la gran metrópoli cristiana y posee obras de arte de mucho mérito. A la derecha del crucero hay una capilla rica en mármoles y mosaicos, donde se conserva el cuerpo del santo.

En el convento, que ocupa hoy el gobierno con varias oficinas, existen las habitaciones de San Felipe Neri. En ellas, como en las de San Ignacio, se guardan con veneración el banco en que se sentaba; su cama con todos los útiles que usó en vida; el Crucifijo que tuvo en sus manos al expirar; el oratorio privado en que solía decir Misa; su retrato, su mascarilla, la vela de cera que se encendió antes de que muriese; el armario en que guardaba sus libros y otros objetos; varios cuadros sobre asuntos religiosos; la campana con que llamaba á sus inferiores, y otras muchas reliquias.

Antes de recorrer otros lugares regresamos á nuestro domicilio, donde el señor Macías y el que esto escribe tuvimos la honra de que nos devolviese la visita, que días antes le habíamos hecho, el Rdo. P. Michele Bruni, Misionero Apostólico, Procurador General de la Congregación de la Preciosa Sangre, devoción que en México va generalizándose por fortuna. Acompañó al Reverendo P. Bruni, su Secretario el P. don Giuseppe

Schaeper, que además de otros idiomas posee el castellano.

El Rdo. P. Bruni tuvo la amabilidad de regalarnos algunas reliquias, entre las cuales tenemos las del Venerable Gaspar del Búfalo, fundador de la Congregación. Este celoso sacerdote se halla empeñado en la causa de la beatificación del citado Venerable fundador, y nos refirió varios hechos de su vida ejemplar y de los frutos que obtuvo como Misionero.

Su Santidad León XIII, con decreto solemne ha declarado heroicas las virtudes de este siervo de Dios. Cumpliendo los laudables deseos del Rdo. P. Bruni recomendamos á nuestros lectores, especialmente á los devotos de la Preciosa Sangre de Cristo, se sirvan contribuir por cuantos medios estén á su alcance, para que se termine la causa de la beatificación.

Muy grata impresión nos causó la visita del Rdo. Padre Bruni y de su Secretario, pues ambos son sacerdotes que se consagran con toda abnegación al cumplimiento de su sagrado ministerio.

No nos es dable alargar esta narración, y por lo tanto omitimos muchas noticias acerca de Roma. Sólo diremos brevemente que en San Andrés *delle Fratte* hay una imagen de la Virgen María que se apareció al judío Ratisbona y lo convirtió; en San Francisco *a Ripa* existe la celda que habitó San Francisco de Asís; en Santa María *della Scalz*, un pie de Santa Teresa de Jesús; en San Pantaleón, el cuerpo de San José de Calasanz, su oratorio y la celda en que vivió; en Santa María *sopra Minerva*, el cuerpo de Santa Catalina de Sena; en San Agustín, el cuerpo de Santa Mónica; en

Santa Cecilia, su cuerpo, la piedra sobre la cual le cortaron la cabeza, y el baño en que la encerraron para que se asfixiase; en San Juan *ante Portam Latinam*, las cadenas con que fué atado San Juan Evangelista, la copa en que le dieron el veneno, y parte de su vestidura sacerdotal; en Santa Pudenciana, el altar en que celebraba San Pedro; en San Vicente y San Anastasio, el cuerpo del diácono San Vicente, y en San Lorenzo *in Lucina*, las parrillas en que fué asado dicho santo.

Interminable haríamos esta obra si hubiésemos de mencionar todo lo notable que Roma encierra en monumentos sagrados y profanos, así como en preciosas reliquias, y ya nos es forzoso abandonar la Ciudad Santa.

Preparábamos nuestro viaje cuando el 16 de Enero nos sorprendió una noticia verdaderamente triste, no esperada aunque ya la habíamos presentido. La señorita Marcota Chagollán, de Morelia, ya entrada en años, que fué compañera nuestra en la peregrinación y que había formado parte de la primera romería, acababa de morir á consecuencia de una afección pulmonar.

Recibió todos los auxilios espirituales, conforme con la voluntad divina, siendo asistida en sus últimos instantes por las beneméritas Hermanas de la Caridad, que, en su casa de la vía Milazzo, le prodigaron todo género de cuidados.

Al día siguiente, 17, asistíamos los mexicanos que aún quedábamos en Roma, presididos por el Ilmo. señor Ibarra, á las honras de cuerpo presente que verificaron en el templo del Sagrado Corazón. El señor Comendador Angelini, que la atendió con solicitud

durante su enfermedad, arregló que el cadáver quedara depositado en el cementerio de Campo Verano hasta que sus deudos dispusieran lo conveniente.

Sensible nos fué dar el último adiós á la piadosa compatriota lejos del suelo natal. Esperamos que el Ser Supremo le haya concedido la paz de los justos en la verdadera patria, en el cielo.

Y aquí nos parece oportuno rendir un tributo de justicia al señor cónsul de México, Comendador Enrique Angelini, dándole las gracias no sólo por sus atenciones personales hacia nosotros, sino también por las que se sirvió prodigar á nuestros compatriotas. Un mexicano de nacimiento no habría hecho más en favor de los que se hallaban lejos de la patria. Este es el mejor encomio que podemos hacer del señor Angelini.

Terminamos aquí la primera parte de nuestro viaje. En la segunda referiremos á nuestros lectores algo de la rápida excursión que hicimos á través de Italia y Francia hasta Barcelona.

Por ahora nos despediremos de Roma, de la ciudad santa que recorrimos por última vez la tarde del 17 de Enero, presa de encontradas sensaciones. Cuando pasamos frente á San Pedro, un velo de tristeza anubló nuestros ojos. Allí quedaba la tumba del Príncipe de los Apóstoles ante la cual oramos por nuestra patria y por nuestra familia.

En el Vaticano dejábamos al ilustre prisionero, al augusto Pontífice, al amoroso Padre que nos prodigó sus afectos y su ternura, como si hubiésemos sido sus hijos predilectos.

¿Volveremos á verlo en la tierra? Dios lo sabe. Nos-

otros llevamos á la patria y al hogar los más dulces recuerdos de esta peregrinación.

Que el Arbitro de los humanos destinos se digne proteger el Vicario de Cristo es nuestra más fervorosa súplica, ya que se ha dignado confiarle el cuidado de su Santa Iglesia.

Roma, ciudad santificada con la sangre de los mártires, gloriosa sede del sucesor de Pedro, sol que derramas por el orbe los celestiales fulgores de la fe cristiana, asiento firmísimo de la verdad, relicario que guardas preciosísimos tesoros, al dejar tu bendito suelo donde hemos experimentado los más puros goces del alma, nos invade un sentimiento de profunda tristeza; pero alentados con la esperanza de que resuene bajo tu espléndido cielo el himno de triunfo que anuncie de polo á polo la victoria de la Iglesia militante, se ensancha nuestro corazón, y en el libro de nuestra vida queda escrito tu nombre y tu recuerdo con caracteres tan brillantes como los arrebales de una tarde primaveral.

